

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
Vida Consagrada



**JORNADA MUNDIAL
DE LA VIDA CONSAGRADA 2019**



Presentación
Testimonios
Magisterio

© Editorial EDICE
Añastro, 1
28033 Madrid
Tlf.: 91 343 97 92
edice@conferenciaepiscopal.es

Padre nuestro

La vida consagrada, presencia del amor de Dios

Jornada Mundial de la Vida Consagrada

2 de febrero
de 2019



Padre nuestro. La vida consagrada, presencia del amor de Dios

Fiesta litúrgica de la
Presentación del Señor



Presentación
Testimonios
Magisterio

© Editorial EDICE
Añastro, 1
28033 Madrid
Tlf.: 91 343 97 92
edice@conferenciaepiscopal.es

PRESENTACIÓN

PADRENUESTRO

LA VIDA CONSAGRADA, PRESENCIA DEL AMOR DE DIOS

En el año 1999 san Juan Pablo II propuso a la Iglesia un año dedicado al Padre con el fin de preparar a toda la Iglesia a la acogida del nuevo milenio. Han pasado veinte años y los obispos españoles desean recordar que la *vida consagrada es presencia del amor de Dios*. Cada consagrado, con su vida y testimonio, nos anuncia que Dios es Padre, es un Dios que ama con entrañas de misericordia.

Su Hijo Jesús nos enseñó una oración, el *padrenuestro*, que expresa la relación que Dios tiene con cada uno de nosotros, sus hijos y sus consagrados.

Padre nuestro que estás en el cielo

Configurado con el Hijo, el consagrado vive, unido a Cristo, su relación filial con Dios Padre, a quien no duda de llamar confiadamente todos los días: *Abba, papá*.

El consagrado vive, aquí en la tierra, su relación fraternal con el Hijo y, junto con Él, mira al cielo, pues sabe que allí tiene un Padre que le espera con anhelo para unir su vida divina con la suya, humana, en un abrazo eterno.

Santificado sea tu nombre

La experiencia de amor filial mueve al consagrado a dejar a Dios ser Padre de su vida y, con su abandono, testimoniar el nombre de Dios: amor.

No un amor de superhombre, sino un amor divino que, superando toda comprensión humana, ha asumido nuestro modo de expresar el amor. De este modo, el consagrado es consciente de que, a través de su caridad, expresa de modo humano el amor divino, nombre de Dios Padre.

Venga a nosotros tu Reino

Empapado por el amor divino que recibe del Padre y también de su místico Esposo, el consagrado desea que su experiencia de amor pueda ser compartida por todos. De este modo, es transformado en puente entre el hombre y Dios para que el amor reine también en este mundo.

Junto con el Hijo, el consagrado ruega al Padre para que ningún hombre se pierda, sino que todos puedan vivir la experiencia de un amor paterno. Y, con el Esposo, no deja de ser buen samaritano, que acerca a todo hombre al amor de Dios, indistintamente de sus heridas materiales o espirituales.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo

La experiencia del amor del Padre a lo largo de sus años de consagración transforma el compromiso del consagrado de obedecer a Dios en un deseo de agradar, como el Hijo, al Padre. A la vez, el ejemplo del Esposo: «no se haga mi voluntad sino la tuya», se convierte en criterio y oración: «más que prometerte obediencia te pido, Padre, que realices tu amorosa voluntad sobre mi vida».

Escuchando también del Esposo, cuyo Reino no es de este mundo, el consagrado anhela y enseña la belleza del cielo, en donde todo estará impregnado por la plenitud de su amorosa y divina voluntad.

Danos hoy nuestro pan de cada día

¡Cuántas veces el consagrado ha escuchado el consejo del Hijo: «Pedit y se os dará! Así, la persona consagrada se convierte en un hombre o una mujer de petición. Ha aprendido de Cristo a ser un hijo, o una hija, confiado en la acción paternal de Dios, incluso en sus aspectos materiales.

El consagrado sabe que todas sus peticiones son escuchadas por el corazón del Padre; sabe que el Padre conoce todas sus necesidades antes de que se lo pida; sabe que Él, como Padre, no siempre nos concederá lo que le pedimos porque siempre piensa en lo mejor para cada uno de nosotros, aunque no se lo pidamos.

Por ello, el consagrado entiende cuando aparentemente Dios no escucha sus peticiones. En esos momentos, él sabe que el silencio divino es también expresión de un amor paterno, mayor del que nosotros mismos podemos imaginar. Y este amor paterno y divino lo enseña a los demás.

Y, sobre todo, la persona consagrada necesita el pan eucarístico, que lo va alimentando y transformando a imagen de su Señor.

Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden

Con emoción, el consagrado aprende de las enseñanzas del Hijo la misericordia del Padre. Sabe que el corazón divino se conmueve cuando cumplimos los mandamientos, como el joven rico; y sabe también que, como hijo pequeño, es acogido con sus errores y debilidades.

A la vez, como hijo escogido, el consagrado se ha dejado modelar por los consejos y actitudes del Esposo, que nos ayuda a reconocer los propios pecados antes de tirar la primera piedra, a disculpar al pecador porque no siempre sabe lo que hace, a tomar conciencia de que todo lo que es del Padre, también su misericordia, es don tanto para él como para los demás.

No nos dejes caer en la tentación

El divino amor misericordioso no es solamente reparador de nuestro posible mal actuar. Su misericordia se expresa aún más en su acción providente que ayuda a evitar el pecado.

La vida de su Hijo, Esposo del consagrado, le enseña a superar la tentación fortalecido por la confianza en el Padre, cuya palabra le alimenta y a quien únicamente desea adorar.

Igualmente, el consagrado, como los agricultores de la parábola de la ciñena sembrada por el maligno, no reprocha el desorden de sus hermanos, sino que les ayuda a que den más fruto, confiado en que el Padre, Dueño del campo, a su tiempo retirará la mala hierba.

Y líbranos del mal

La experiencia con el divino Amor no solamente lleva a desterrar las acciones pecaminosas del propio actuar. El consagrado anhela y desea cada día crecer en el bien. Por ello, confiado, se deja en las manos del Padre, para que, como buen alfarero, rompa en él lo que sea necesario para que cada día manifieste mejor la imagen profética del Amor del Padre y del Hijo en el Espíritu.

A su vez, el consagrado, unido al Alfarero, no deja de impulsar en todos los fieles la vocación al amor y a la santidad, los acompaña en los momentos de purificación, les enseña a descubrir la mano del Señor en esos momentos, y les ayuda a convertir el sufrimiento humano en cruz redentora.

Mujer, ahí tienes a tu hijo

Junto con el Padre, el Hijo nos ha mostrado una madre, la suya, como mujer del padrenuestro. Su oración del *fiat* es un antícpo de la oración que nos enseñó Cristo y con la que el consagrado pide todos los días al Padre que se cumpla su voluntad sobre él.

Con su visita a Isabel, la Virgen Madre se convierte en expresión humana del amor divino. Con su consejo de hacer lo que Él nos diga, enseña a pedir al Padre con confianza. Dando vueltas en su interior a las palabras del Niño, in-

vita a esperar la hora oportuna de Dios. Al pie de la cruz, ayuda a superar los frecuentes momentos de dificultad de la vida. Y su presencia en Pentecostés nos recuerda que el cielo es la meta de todo hijo del Padre.

La Jornada de la Vida Consagrada, que celebramos anualmente cada 2 de febrero, sea este año un acto de especial agradecimiento al *Padre nuestro*. Pero también a cada consagrado y consagrada, que con su vida es *presencia del amor de Dios*.

COMISIÓN EPISCOPAL
PARA LA VIDA CONSAGRADA

TESTIMONIO DE VIDA RELIGIOSA

LA PRESENCIA DEL AMOR DE DIOS COMO PADRE

EN NUESTRA VIDA

Cuando tengo que hablar de mi persona, de cómo vivo mi fe, de cómo encuentro la plenitud en mi vida, tres sentimientos inundan mi presente: *Dios, amor y felicidad*.

Dios es el sentimiento más profundo. Su presencia, su compañía, su amor y su espíritu provocan en mí reacciones que me hacen patente su presencia a mi lado. Dios engloba todo, y acentúa desde su abrazo amoroso, el sentimiento de amor y felicidad. Dios es el único que sé que no falla.

Tengo que reconocer que tengo la gran suerte de poder encontrar a Dios todos los días a mi alrededor. En este encuentro personal con Él siento todo *su amor*.

En ese proceso de vivir cada día el amor del Padre se hace manifestación viva en aquellos mis hermanos con los que convivo, en las personas con las que me relaciono en mi ambiente y, sobre todo, en sus preferidos: los pobres, a los que dedico mi tiempo y mis energías.

Construimos el reino de Dios siendo *felices*, encontramos a Dios cuanto más felices seamos, y podremos entregar gratuitamente y recibir amor cuanto más felices nos encontremos. Dar y recibir, en ese bonito juego del don que nos hace crecer y nos da consistencia.

Dios nos da la oportunidad para disfrutar de la vida en la medida en que hacemos de nuestra experiencia de vida buena noticia para otros. Es el trabajo de cada día y en ese esfuerzo se nos desvela el ardor del amor y la energía para la donación.

HNO. JAVIER LÓPEZ, FSC
(*Hermano de La Salle*)

TESTIMONIO DE VIDA CONTEMPLATIVA

UN PROYECTO DE FELICIDAD

En un momento muy concreto de mi vida, una experiencia fuerte del amor de Dios dio comienzo a un camino nuevo. Hasta entonces había realizado muchas y variadas actividades, las propias de una joven de este tiempo, pero no tenía un «sentido de vida» que diese unidad y orientación a todo eso que hacía. Con gran asombro, ya que partía de una situación de alejamiento de la fe, tras dicha experiencia empecé a notar cambios desconcertantes. El primero y principal fue el querer descubrir el designio de Dios para mí, que intuía como un proyecto de felicidad a pesar de que me suponía abandonar todo lo que hasta entonces formaba parte de mi día a día.

Deseé concretar lo más rápidamente posible esta llamada al seguimiento de Jesús y encontré en una comunidad de monjas benedictinas de León el lugar donde, nada más entrar, me sentí «en casa».

Recuerdo muy vivamente el momento en el que entré por la puerta del monasterio como uno de los más grandes de mi vida. Instante de gran plenitud, como el que experimenta el que llega por fin a la meta, muy cansado de haber recorrido un largo camino.

En ese monasterio y con esa comunidad llevo ya 30 años caminando en la búsqueda de Dios y desarrollando los valores monásticos: la celebración litúrgica, el amor a la Sagrada Escritura, la vida fraterna, el silencio, la soledad, el trabajo, la acogida a los huéspedes...

Doy gracias a Dios por este gran don de la vocación monástica.

SOR ERNESTINA,
*Monja benedictina del
Monasterio de Santa María de Carbalal de León*

TESTIMONIO DE INSTITUTOS SECULARES

INSTRUMENTO DE SU AMOR EN MEDIO DEL MUNDO

El Señor me cuidó como a la niña de sus ojos, y se abajó a mi vida para invitarme a seguirle y ser instrumento de su amor en medio del mundo. A partir de ahí comencé una aventura maravillosa junto al Señor, para todo lo que Él quisiera.

Después de muchos años de vida apostólica activa, llegó la hora de la prueba: un problema funcional que me imposibilita bastante la movilidad. Una realidad que me llegó en plena juventud y que se ha prolongado en el tiempo hasta hoy me colocó muy pronto en manos de la Providencia. Intento vivirlo con amor y alegría, unida a la Pasión de Jesús y confiada en que mi Padre me ama infinitamente, aunque yo a veces no lo comprenda. Me enseña cada día a amar como Él a todos los que se acercan, especialmente a los más débiles y a los que carecen de esperanza, sumergidos en sus problemas. Procuro brindarles con la palabra y con mi testimonio el mensaje de un buen Padre que ama y sufre en la vida de sus hijos.

Me identifico plenamente con Jesucristo en el ofrecimiento y sacrificio de la eucaristía, y con María, desde el silencio y la aceptación de la voluntad de Dios. Estas dos realidades se han convertido en mi fuerza y alimento para seguir diciendo sí a su voluntad.

Todo esto lo vivo desde mi consagración secular intentando ser fermento en medio de todas estas realidades que viven las personas, empezando por mi propia familia, con la que vivo.

STANISLAA GODOY
Instituto Secular Catequistas de la Virgen del Pino

TESTIMONIO DEL ORDEN DE VÍRGENES

NADIE HAY ABANDONADO DEL AMOR DE DIOS

Ya no te llamarán “Abandonada”, ni a tu tierra “Devastada”; a ti te llamarán “Mi Predilecta” y a tu tierra “Desposada”, porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra tendrá un esposo (Is 62).

Un día escuché que el Señor me lo decía a mí, y ya no pude contener la alegría: ¡me había elegido para Él el Señor del Universo! Y Él no se puede comparar con nadie. Es insuperable. Abrumada, perpleja, llena de asombro, y feliz como nunca. Y fui consagrada en el Orden de las Vírgenes, para siempre, esposa de Jesucristo.

En el mundo, trabajando, profesora de secundaria. Un mundo muy herido, donde la paternidad y maternidad sufren un eclipse total: chavales huérfanos, aunque no biológicamente, matrimonios destrozados, madres vejadas, abuelas maltratadas, apartadas... y, también, padres traicionados y abandonados. El Señor me lleva hasta ellos, me atraen como un imán, para recordarles la cercanía máxima de Dios en el dolor. Cuando sufres, el Señor está más cerca. No eres huérfano, no caminas solo. Eres hijo de Dios, les digo, tus hijos son hijos de Dios. Él te cuida, y los cuida. ¡Confía! Tu dolor es sagrado. Nadie hay abandonado del amor de Dios. Y vivo la urgencia de recordárselo a todos. Y la alta dignidad de su sufrimiento, que les hace parcerse a Jesús en su Pasión. Y que el Padre transfigurará en bendición. Es el arrebato que vivo: «ya no te llamarán abandonada». Soy testigo y no puedo callarlo. Hijos amados de Dios.

AURELIA SANTOS HARO
Virgen consagrada. Diócesis de Cuenca

TESTIMONIO DE NUEVAS FORMAS DE VIDA CONSAGRADA

VIVIR PARA EL ENCUENTRO

Jesús «vivió para el encuentro»: el encuentro apasionado con el Padre en la oración y en su muerte, los encuentros entrañables con sus discípulos, amigos y los más pequeños y probados por la dureza de la vida, la exclusión y la desesperanza.

La manera de «presencia del amor de Dios» en Jesús fue de cercanía y encuentro, profeta de filiación divina y fraternidad compartida. ¡Qué Amor tan inmenso, que nos hace hijos suyos!

El hermano con sus sufrimientos, carencias y dones es esa puerta que nos adentra y da acceso al misterio de Dios y a su encuentro: ¿cuándo te vimos Señor? (cf. Mt 25, 40).

Nuestro mundo de relaciones mercantilistas, de rechazo o inexistentes por la indiferencia y la ausencia de compromiso con el otro, diseña un futuro árido que aboca al blindaje de la incomunicación y de la soledad.

Es imprescindible el testimonio de vidas luminosas –creyentes en Jesús– que con su entrega audaz y generosa humanicen la historia en una nueva encarnación del Amor de Dios, siendo presencia y transparencia de ese Amor. Nos urge «vivir para el encuentro», ser contemplativos en la relación para descubrir el genuino rostro de Cristo en cada criatura humana. He aquí al hombre, y este hombre es mi hermano.

La identidad más profunda de las «familias eclesiales de vida consagrada» es ser «hogar universal» para la familia humana, y expresar los más genuinos deseos de verdad, bondad, belleza y comunión que anidan en todo corazón humano.

FRATERNIDAD MISIONERA VERBUM DEI

LOS MOTIVOS DE LA JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA

EXTRACTO DEL *MENSAJE DE SAN JUAN PABLO II* CON OCASIÓN DE LA CELEBRACIÓN DE LA I JORNADA (2 DE FEBRERO DE 1997)

La finalidad de dicha jornada es por tanto triple: *en primer lugar*, responde a la íntima necesidad de alabar más solemnemente al Señor y darle gracias por el gran don de la vida consagrada que enriquece y alegra a la comunidad cristiana con la multiplicidad de sus carismas y con los edificantes frutos de tantas vidas consagradas totalmente a la causa del Reino. Nunca debemos olvidar que la vida consagrada, antes de ser empeño del hombre, es don que viene de lo Alto, iniciativa del Padre, «que atrae a sí una criatura suya con un amor especial para una misión especial» (*ib.*, 17). Esta mirada de predilección llega profundamente al corazón de la persona llamada, que se siente impulsada por el Espíritu Santo a seguir tras las huellas de Cristo, en una forma de particular seguimiento, mediante la asunción de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. Estupendo don.

«¿Qué sería del mundo si no existieran los religiosos?», se preguntaba justamente santa Teresa (*Libro de la vida*, c. 32, 11). He aquí una pregunta que nos lleva a dar incesantes gracias al Señor, que con este singular don del Espíritu continúa animando y sosteniendo a la Iglesia en su comprometido camino en el mundo.

En segundo lugar, esta Jornada tiene como finalidad promover en todo el Pueblo de Dios el conocimiento y la estima de la vida consagrada.

Como ha subrayado el Concilio (cf. *Lumen gentium*, n. 44) y yo mismo he tenido ocasión de repetir en la citada exhortación apostólica, la vida consagrada «imita más de cerca y hace presente continuamente en la Iglesia la forma de vida que Jesús, supremo consagrado y misionero del Padre para su Reino, abrazó y propuso a los discípulos que le seguían» (n. 22). Esta es, por tanto, especial y viva memoria de su ser de Hijo que hace del Padre su único Amor –he aquí su virginidad–, que encuentra en Él su exclusiva riqueza –he aquí su pobreza– y tiene en la voluntad del Padre el “alimento” del cual se nutre (cf. *Jn* 4, 34) –he aquí su obediencia–.

Esta forma de vida abrazada por Cristo y actuada particularmente por las personas consagradas, es de gran importancia para la Iglesia, llamada en cada

uno de sus miembros a vivir la misma tensión hacia el Todo de Dios, siguiendo a Cristo con la luz y con la fuerza del Espíritu Santo.

La vida de especial consagración, en sus múltiples expresiones, está así al servicio de la consagración bautismal de todos los fieles. Al contemplar el don de la vida consagrada, la Iglesia contempla su íntima vocación de pertenecer solo a su Señor, deseosa de ser a sus ojos «sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada» (*Ef 5, 27*).

Se comprende así, pues, la oportunidad de una adecuada Jornada que ayuda a que la doctrina sobre la vida consagrada sea más amplia y profundamente meditada y asimilada por todos los miembros del Pueblo de Dios.

El tercer motivo se refiere directamente a las personas consagradas, invitadas a celebrar juntas y solemnemente las maravillas que el Señor ha realizado en ellas, para descubrir con más límpida mirada de fe los rayos de la divina belleza derramados por el Espíritu en su género de vida y para hacer más viva la conciencia de su insustituible misión en la Iglesia y en el mundo.

En un mundo con frecuencia agitado y distraído, la celebración de esta Jornada anual ayudará también a las personas consagradas, comprometidas a veces en trabajos sofocantes, a volver a las fuentes de su vocación, a hacer un balance de su vida y a renovar el compromiso de su consagración. Podrán así testimoniar con alegría a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo, en las diversas situaciones, que el Señor es el Amor capaz de colmar el corazón de la persona humana.

Existe realmente una gran necesidad de que la vida consagrada se muestre cada vez más «llena de alegría y de Espíritu Santo», se lance con brío por los caminos de la misión, se acremente por la fuerza del testimonio vivido, ya que «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos» (*Evangelii nuntiandi*, n. 41).

En la fiesta de la Presentación del Señor en el Templo

La Jornada de la Vida Consagrada se celebrará en la fiesta en que se hace memoria de la presentación que María y José hicieron de Jesús en el templo «para ofrecerlo al Señor» (*Lc 2, 22*).

En esta escena evangélica se revela el misterio de Jesús, el consagrado del Padre, que ha venido a este mundo para cumplir fielmente su voluntad (cf. *Heb 10, 5-7*). Simeón lo indica como «luz para iluminar a las gentes» (*Lc 2, 32*) y preanuncia con palabra profética la suprema entrega de Jesús al Padre y su victoria final (cf. *Lc 2, 32-35*).

La Presentación de Jesús en el templo constituye así un ícono elocuente de la donación total de la propia vida por quienes han sido llamados a reproducir en la Iglesia y en el mundo, mediante los consejos evangélicos, «los rasgos característicos de Jesús virgen, pobre y obediente» (*Vita consecrata*, n. 1).

A la presentación de Cristo se asocia María

La Virgen Madre, que lleva al Templo al Hijo para ofrecerlo al Padre, expresa muy bien la figura de la Iglesia que continúa ofreciendo sus hijos e hijas al Padre celeste, asociándolos a la única oblación de Cristo, causa y modelo de toda consagración en la Iglesia.

Desde hace algunos decenios, en la Iglesia de Roma y en otras diócesis, la festividad del 2 de febrero viene congregando espontáneamente en torno al papa y a los obispos diocesanos a numerosos miembros de Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica, para manifestar conjuntamente, en comunión con todo el Pueblo de Dios, el don y el compromiso de la propia llamada, la variedad de los carismas de la vida consagrada y su presencia peculiar en la comunidad de los creyentes.

Deseo que esta experiencia se extienda a toda la Iglesia, de modo que la celebración de la Jornada de la vida consagrada reúna a las personas consagradas junto a los otros fieles para cantar con la Virgen María las maravillas que el Señor realiza en tantos hijos e hijas suyos y para manifestar a todos que la condición de cuantos han sido redimidos por Cristo es la de «pueblo a él consagrado» (*Dt 28, 9*).

EL «PADRENUESTRO»

PAPA FRANCISCO, AUDIENCIA GENERAL

Miércoles, 14 de marzo de 2018

El «padrenuestro» no es una de las muchas oraciones cristianas, sino que es la oración de los hijos de Dios: es la gran oración que nos enseñó Jesús. De hecho, entregado el día de nuestro bautismo, el «padrenuestro» hace resonar en nosotros esos mismos sentimientos que estaban en Cristo Jesús. Cuando nosotros rezamos el «padrenuestro», rezamos como rezaba Jesús. Es la oración que hizo Jesús, y nos la enseñó a nosotros; cuando los discípulos le dijeron: «Maestro, enséñanos a rezar como tú rezas». Y Jesús rezaba así. ¡Es muy hermoso rezar como Jesús! Formados en su divina enseñanza, osamos dirigirnos a Dios llamándolo «Padre» porque hemos renacido como sus hijos a través del agua y el Espíritu Santo (cf. *Ef 1, 5*). Ninguno, en realidad, podría llamarlo familiarmente «*Abba*» —«Padre»— sin haber sido generado por Dios, sin la inspiración del Espíritu, como enseña san Pablo (cf. *Rom 8, 15*). Debemos pensar: nadie puede llamarlo «Padre» sin la inspiración del Espíritu. Cuántas veces hay gente que dice «padrenuestro», pero no sabe qué dice. Porque sí, es el Padre, ¿pero tú sientes que cuando dices «Padre» Él es el Padre, tu Padre, el Padre de la humanidad, el Padre de Jesucristo? ¿Tú tienes una relación con ese Padre? Cuando rezamos el «padrenuestro», nos conectamos con el Padre que nos ama, pero es el Espíritu quien nos da ese vínculo, ese sentimiento de ser hijos de Dios. ¿Qué oración mejor que la enseñada por Jesús puede disponernos a la Comunión sacramental con Él? Más allá de en la misa, el «padrenuestro» debe rezarse por la mañana y por la noche, en los Laudes y en las Vísperas; de tal modo, el comportamiento filial hacia Dios y de fraternidad con el prójimo contribuyen a dar forma cristiana a nuestros días.

En la oración del Señor —en el «padrenuestro»— pedimos el «pan cotidiano», en el que vemos una referencia particular al pan eucarístico, que necesitamos para vivir como hijos de Dios. Imploramos también el «perdón de nuestras ofensas» y para ser dignos de recibir el perdón de Dios nos comprometemos a perdonar a quien nos ha ofendido. Y esto no es fácil. Perdonar a las personas que nos han ofendido no es fácil; es una gracia que debemos pedir: «Señor, enséñame a perdonar como tú me has perdonado». Es una gracia. Con nuestras fuerzas nosotros no podemos: es una gracia del Espíritu Santo perdonar. Así, mientras nos abre el corazón a Dios, el «padrenuestro» nos dispone también al amor fraternal. Finalmente, le pedimos nuevamente a Dios que nos «libre del mal» que nos separa de Él y nos separa de nuestros hermanos.



